

Frete libertario

ORGANO DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Madrid,
29 de abril
de 1937

Número 157

editado por el comité de defensa - región centro

EL VALOR DE LOS SIMBOLOS

Guernikako arbola

El árbol tradicional de Guernica, el árbol símbolo de las libertades del pueblo vasco, símbolo de tradición y de independencia, ha caído abatido por la metralla arrojada desde aviones imperialistas lanzados contra el pueblo del norte de España por la furia desatada del fascismo internacional.

El árbol de Guernica ha visto desgajarse sus ramas centenarias; ha sentido en sus raíces la sacudida de la muerte y de la dominación violenta. Símbolo de un pueblo, es natural que la saña de los invasores se haya cebado sobre él, hiriendo así al pueblo a quien representa en sus fibras sentimentales más íntimas.

La opulencia de frondas y de ramas del árbol de Guernica está en peligro; también lo está la vida libre y clara del pueblo que centró en él lo más puro de sus amores. Y los demás pueblos libres de España tienen un deber: correr en ayuda de los hermanos y de los símbolos hermanos que se encuentran en peligro; aunar sus esfuerzos para levantar en alto la libertad segura del pueblo vasco y colocarla lejos de los zarpazos brutales de la invasión negra. Esto es, además, ayudar a construir el pedestal de las propias libertades; esto es añadir nuevos bloques a la construcción granítica de la redención definitiva de los pueblos ibéricos.

Por altruismo y por egoísmo, por estas dos palancas tan antagónicas que por propicia contingencia se aunan en la guerra que estamos sufriendo, todos los pueblos de España deben acudir rápida y enérgicamente en socorro del pueblo vasco; en socorro de sus libertades en peligro; en ayuda de ese árbol venerable que en estos momentos que vivimos no es solamente símbolo de las libertades vascas, sino carne viva de todos los trabajadores de España.

El momento de demostrar la solidaridad entre los pueblos de España ha llegado; el momento de que todas las regiones españolas se lancen en socorro del pueblo hermano en peligro ha llegado. Es preciso que en todo el ámbito nacional resuene claro y rotundo el clarín de alarma, que lance a los hermanos proletarios de los confines ibéricos en defensa de sus compañeros del Norte. Estos necesitan, en el trance difícil que viven, nuestra ayuda y nuestra solidaridad material. Y todos los pueblos de España, por españoles y por revolucionarios, deben prestársela de una manera total y enérgica.

Y esta ayuda, esta solidaridad, debe manifestarse de una manera única y la misma en toda la Península: lanzando las consignas de ataque en todas las trincheras; que todos los parapetos de España se vean desbordados por las masas revolucionarias que corriendo al ataque prestan al mismo tiempo la mejor defensa posible a sus hermanos vascongados; que la ofensiva en todos los frentes es el mejor valladar que puede oponerse a los que atacan en los frentes del Norte, tratando de colocar bajo su dominio tiránico a uno de los pueblos de Iberia, a los hermanos que fiaban su tradicional libertad en las raíces desgarradas de su árbol de Guernica.

¡Pueblos de Iberia! ¡Trabajadores de España! Al ataque para defender a los hermanos de Bilbao; al ataque para que no se consume en las entrañas del pueblo vasco el sacrificio de que ha sido objeto su árbol tradicional; al ataque, para que la madera de su árbol venerado no sirva de ataúd a las libertades del pueblo que lo tomó como símbolo.

¡Ofensiva, ofensiva! Para que el pueblo vasco pueda lanzar a los cuatro vientos su grito de libertad.

Pueblos de España: defendiendo a Vasconia os defendéis a vosotros mismos; y para defender a Vasconia hay que atacar en todos los frentes.

¡Pueblos de España! Haced resonar en los ámbitos de Iberia los gritos del ataque, que servirá para grabar a fuego en las páginas de la Historia el grito querido de los vascuences: ¡Gora Euzkadi askatuta!

Por decoro revolucionario

Es más que frecuente, común, tropezarse por esas calles, plazas, cafés y bares del Madrid heroico, con broncas épicas entre oficiales y soldados, entre oficiales solos o entre soldados solos, de los que componen las gloriosas unidades del Ejército Popular. Estamos de acuerdo en que los encantos de la retaguardia—aunque sea una retaguardia como esta de Madrid con el cielo surcado de obuses—, animen y exalten a los combatientes que vuelven de las trincheras con mucha sed en sus gargantas, con muchos deseos en su intimidad. Pero es preciso también que esos combatientes comprendan que el prestigio de la causa que defienden no se halla completamente desligado del ambiente en que públicamente se desenvuelvan. Es preciso que se hagan cargo del mal efecto que produce en la población civil y aun entre los mismos combatientes que, por una futilidad, por una pequeñez sin importancia, se exalten los ánimos y se creen indebidamente situaciones difíciles, fáciles para degenerar en otras más difíciles y más irremediables.

¡Cordura, cordura! Por decoro revolucionario, por dignidad de luchadores de la libertad, es preciso cuidar de que en ningún momento las calles o los lugares de esparcimiento de Madrid, puedan convertirse en zoco donde quepan todas las situaciones violentas.

Que, indudablemente, éstas no se quieren, no se persiguen y no se desean.

Del 9 largo

¡Bah!... ¡Bah!...
Ya sabíamos que todo se reduciría a un fuerte ataque de bilis.

Lenguaje un tanto tabernario, insidias de sacristía e intenciones felinas.

¡Oh, las consignas!

Ya tenemos una frase más. Los que queden podrán referir los hechos actuales, comenzando el relato:

—En tiempos de Juan Simón...

No es lo peor hacer el ridículo, sino tener la certeza de haberlo hecho y querer demostrar que no se ha hecho ni se sabe que se ha hecho.

Nos extraña que el ex-celoso guardador del orden público no haya hablado para demostrar la descortesía que suponía publicar la famosa «noticia» sin consultar al que, a pesar de los pesares, era su jefe en la Junta Delegada.

¡Claro, la orden recibida no habrá tenido en cuenta ese «pequeño» detalle!

¡Estos chicos!

Lo que nos une

Desde que Carlos Marx maniobró con dudosas artes para introducir la política en la Primera Internacional, el movimiento obrero quedó dividido en dos fracciones, dando origen a constituir la Segunda Internacional Obrera. Una, continuadora de las tácticas y conclusiones que la crearon; otra, orientada en la creencia de que la clase trabajadora podía servirse de los órganos de dirección burguesa para lograr su aspiración de terminar con la explotación del hombre por el hombre. Por esta idea fue creado el partido de clase que, según Marx, sería el instrumento de oposición revolucionaria y de dominación al capital. Más tarde, por la agregación de afiliados que no tienen la mentalidad clasista y por derivación del funcionamiento en esos organismos, abandonó el partido, en términos generales, la interpretación revolucionaria, inclinándose por la interpretación reformista y de colaboración.

Desde que se produjo la división hasta la fecha, innumerables episodios, por su naturaleza común en perjuicio de todos los trabajadores, les hicieron aproximarse, careciendo de consistencia y duración esta aproximación. En lo que a nuestro país se refiere, han sido varias las veces que los acontecimientos amenazadores del mismo peligro obligaron a concertar pactos y compromisos de defensa mutua, pero ninguno alcanzó la magnitud del que estamos presenciando.

Ante el mismo peligro, su gravedad ha impuesto la coincidencia de sacrificios en la defensa, pero ha de concretarse este acercamiento en la orientación defensiva y en la reconstrucción económica del país, si queremos llegar a la unidad, siendo ésta producto de la penetración de las dos centrales sindicales, y no determinada por los atropellos culminantes del capitalismo.

Leemos en la Prensa marxista que debemos laborar por lo que nos une desechando lo que nos separa. Nos une la lucha entablada con el fascismo, lucha que inevitablemente hemos de llevar hasta lograr vencerlo. Nos une, los mismos dolores, las mismas injusticias, la misma explotación.

El marxismo aspira a convertir la propiedad privada en propiedad común, lucha porque desaparezca la burguesía como clase para terminar con la explotación del hombre por el hombre. Estas aspiraciones, vinculadas en la U. G. T., son las aspiraciones anarquistas vinculadas en la Confederación.

La diferencia, de donde se vinculan las demás, consiste en que una idea estima necesario conseguirlo apoderándose del poder político hasta conseguir la desaparición de las clases, y la otra, considera antagónico el poder para conseguir esa abolición. No nos une el procedimiento, pero puede unirnos una fórmula, si estamos animados a separar distancias, con buena voluntad.

Separar distancias, que nunca pue-

de consistir para solucionar los males que padece la clase trabajadora, limitando las aspiraciones de esta lucha en la continuación de la democracia y parlamentaria burguesa. Esta democracia es la que nos ha conducido a la actual situación y no puede ser solución a los problemas que reclaman estos momentos históricos.

No nos separan las ideas. Nos separa la interpretación del momento y modo de ponerlas en ejecución. Ambos casos pueden estar regulados por las posibilidades de cada época, a condición de que ninguno pretenda imponerlas por la violencia y, principalmente, desechando la defensa de hechos reprobables que convierten el ambiente de adversarios, en enemigos. Sólo así, cordialmente, desechando de entre nosotros el empleo de la violencia y disponiéndonos a resolver nuestras diferencias con el razonamiento, conseguiremos la unidad.

PUNTUALIZANDO

Comisarios de Guerra

Los Comisarios de Guerra, esos hombres todo voluntad, todo sacrificio, que con una sonrisa de desdén saludan a la muerte que silba junto a sus oídos, deben ser nada menos que eso: Comisarios de Guerra.

Ellos se deben a la guerra y sólo en la guerra encuentran el marco adecuado de sus funciones, el lugar en que desarrollar su misión, el sitio donde cumplir con su deber. Deber, misión y funciones que, única y exclusivamente, con la guerra deben relacionarse; lo que salga fuera de los escenarios de la lucha, lo que tenga un origen externo, venga de donde venga, no debe ni afectarles ni interesarles. Sólo así cumplirán exacta y completamente —revolucionariamente— la misión que la Revolución les ha confiado en la guerra.

Ellos se deben a la guerra y a sus soldados; ellos, en el momento en que han sido designados Comisarios, dejan de pertenecer a organizaciones y a partidos para entregarse plenamente a su función guerrera. Otra cosa equivale a convertir las trincheras en coto de caza de grupos o de partidos, con el consiguiente quebranto de la unidad revolucionaria y guerrera de los luchadores de la Libertad. En el mismo momento en que ellos militan bajo banderas políticas, dejarán de ser el Comisario de Guerra para convertirse en el Comisario de Guerra de un grupo determinado, con daño de la satisfacción de los hombres que no militen en ese grupo y, por consiguiente, con daño de la unanimidad indispensable para la victoria, de la unanimidad compañera del triunfo.

Comisarios de Guerra: os debéis íntegramente a la misión que el pueblo en armas os ha confiado, pero sólo a esa misión.

Comisarios de Guerra: vosotros no sois nuncios interesados de un grupo, vosotros no sois propagandistas de determinado partido; vosotros sois los representantes en el Ejército popular del pueblo antifascista; sin sectores y sin distingos, sin grupos y sin camarillas.

¡TRABAJADORES DE TODO EL MUNDO! ¡HOMBRES LIBRES DE LA TIERRA! PEDIMOS ALGO A QUE TENEMOS DERECHO. PENSAD QUE LUCHAMOS TAMBIEN POR VOSOTROS, QUE NUESTRO TRIUNFO SERA EL TRIUNFO VUESTRO TAMBIEN, COMO NUESTRA DERROTA SERIA LA DERROTA VUESTRA EN TODOS LOS PAISES.

¡CAMARADAS! ¡SOLIDARIDAD Y ACCION! ¡VIVA EL PRIMERO DE MAYO! ¡MUERA EL FASCISMO INTERNACIONAL!

Frete libertario

ÓRGANO DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Redacción y Admón.:
Comité de Defensa
(Sección de Propaganda)
Serrano, 111.-Tel. 58653

Especuladores

Siempre, al socaire de las grandes crisis a través de las cuales va la Humanidad forjando su destino y su historia, ha aparecido la hiena mala de los especuladores. De los especuladores en el comercio y de los especuladores de las ideas y de las virtudes. Y si los primeros han sido siempre condenados por la conciencia popular, los segundos han pasado muchas veces inadvertidos ante los ojos del pueblo que todo lo sacrificaba. Esto es porque los especuladores de las ideas, los comerciantes con el dolor y con los sacrificios de las masas populares, suelen ser, en los momentos en que se vive intensamente el pulso revolucionario, los mejores documentados, los que entre montones de papeles y de historias camufladas, han conseguido pergeñar una patente revolucionaria que en estos casos concretos se convierte en patente de corso.

Y así como los buques en corso navegan en las aguas libres ocultando sus intenciones aviesas para sorprender a los navegantes incautos, así también estos corsarios de viejo cuño, estos corsarios que fueron realidad viva y peligrosa en todos los movimientos liberadores a que se han entregado frenéticamente los oprimidos del mundo, navegan en las aguas tumultuosas de la Revolución engañando a propios y a extraños, procurando esquivar los escollos llenos de peligro que se edifican sobre la verdad limpia y escueta, procurando aislar entre sí a los que se encuentran firmemente unidos, íntimamente ligados por los mismos deseos de justicia exacta, por las mismas ansias de libertad radiante y jocunda.

Ellos saben que el corsario, para vencer, tiene primero que desunir; ellos no olvidan que la victoria del pirata es siempre una secuela de la lucha que se entabla aisladamente; ellos llevan sólidamente ligada a sus escudos de armas la conocida máxima, siempre triunfante cuando se la supo hacer realidad práctica, «Divide y vencerás».

Ellos saben que nunca serán nada si quienes pueden cerrarles el camino mantienen íntimamente ligadas sus actuaciones, como íntimamente ligados se encuentran los intereses de las masas revolucionarias. Y por eso siempre, en todo momento, sus primeros ataques se dirigen contra la unidad de esas masas revolucionarias; hábilmente —que la habilidad es un arma más peligrosa— lanzan insidias que servirán para cimentar dudas, base cierta y segura de futuras contiendas.

Contra esa actuación que conduce fatalmente a la escisión, clima propicio para sus deseos inconfesables, hay que lanzar las murallas de nuestra verdad sin ambages, de nuestra pureza revolucionaria siempre virgen, siempre ajena a todo lo que haya podido trascender a concomitancias transigentes, a evolucionismos flojos, faltos de fe y de valor.

Ante esa fortaleza se estrellarán eternamente sus esfuerzos y se agostarán en flor sus ilusiones de progreso unilateral. Es que los pueblos no entienden de complicaciones ni de cabildos y sólo quieren la expresión simple y clara de lo indudable. Al alma popular se le llega más hondo con un refrán que con un silogismo complicado; el pueblo entiende más fácilmente el lenguaje macho y exacto que tiene costumbre de oír, que la fraseología complicada y cadenciosa con que los logreros pretenden arrullarlo.

Y, sin embargo, son momentos difíciles en los que debemos lanzar el ¡alerta! de los revolucionarios. ¡Pueblo, alerta! ¡Alerta, pueblo! ¡Vigila firme y sereno! ¡Coloca tus vigías para que otean intensa e insistentemente en los horizontes españoles! ¡Los corsarios rondan tus playas esperando un momento de descuido! ¡Los especuladores están armando sus tenderetes en el mercadillo revuelto de la hora que vives! ¡Los especuladores que viven de tu sangre y de tu sacrificio, nuevos vampiros de la Revolución que estás gestando en tus entrañas desgarradas, esperan ansiosamente un momento en que te encuentres adormecido sobre tus laureles, para convertir en sueño eterno de tus libertades lo que sólo quería ser descanso después de la pelea!

¡Pueblo, alerta!

Hoy más que nunca, si quieres llegar a puerto seguro, monta guardia vigilante sobre el tajamar de tu nave revolucionaria que, a velas desplegadas, está atravesando valientemente la tempestad de la guerra civil, de la guerra de la guerra de la verdadera independencia de los oprimidos.

El general Miaja estuvo revistando las fuerzas de la heroica 70 Brigada

El martes giró una visita de inspección al frente el jefe del Ejército del Centro, defensor de Madrid, general Miaja.

Acompañaban al general su ayudante, el teniente coronel Pérez Martínez; el jefe de Estado Mayor, Rojo, y el comandante jefe de operaciones, Barrios.

Esperaban al alto mando el jefe de la 14 División, Cipriano Mera; el secretario del Comité Regional de Defensa del Centro, compañero Val; el comandante que manda las fuerzas

de la 14 Brigada, Eusebio Sanz; jefes y oficiales de la misma, entre ellos el de Estado Mayor, Verardini, y el director de nuestro colega confederal «C N T», García Pradas.

Acompañado de jefes y oficiales estuvo el general Miaja revistando el cuarto batallón de la 70 Brigada—la gloriosa Brigada del Pingarrón y Brihuega—, haciendo elogios de la admirable disposición de las fuerzas, a las que dedicó unas palabras de alocución.

Seguidamente recorrieron los dife-

rentes sectores del frente, comprobando la labor de saneamiento que se lleva a efecto en la ciudad y los emplazamientos militares.

El ambiente de cordialidad y alegría se reflejaba entre jefes y soldados, prueba de la compenetración estrecha que existe entre nuestro Ejército popular y sus mandos y el respeto que merece el defensor de Madrid, general Miaja, a todos los combatientes.

No sería indiscreto asegurar que de esta visita salió vivamente impresionado nuestro jefe del Ejército del Centro y su Estado Mayor.

NUNCA NOS HEMOS PREOCUPADO DEMASIADO DE LO QUE PIENSAN LOS MINISTROS DE LA RELIGION.

SIN EMBARGO, HOY NOS GUSTARIA CONOCER LOS PENSAMIENTOS DE LOS SACERDOTES DE GUERNICA SOBRE LAS «MUY CATOLICAS» BOMBAS CON QUE LE OBSEQUIARON.

Ateneo Libertario del Sur

Se convoca a los militantes de este Ateneo, para el próximo domingo 2 de mayo, a una reunión que se celebrará a las diez de la mañana, en su domicilio provisional, Paseo de las Delicias, 121, para un asunto de mucho interés para el Ateneo.—EL COMITE.

TODOS ALABAMOS EL SACRIFICIO DE LOS COMISARIOS DE GUERRA.

Y, SIN EMBARGO, HAY ALGUNOS QUE QUISIERAN PODERLOS LLAMAR COMISARIOS POLITICOS.

¡AY, POLITICA, POLITICA, CUANTOS ENAMORADOS TIENES!

Talleres Socializados del S. U. I. G. Abascal, 4. Madrid. - Teléfono 32671

Trabajadores: Leed todas las mañanas el grand diario "Castilla Libre"

¡Alerta con los enemigos de la unidad!

Tan sólo los logreros, los eternos mandones de la política, se oponen a la alianza entre las dos centrales sindicales

Se había mucho de unidad. En todos los tonos y en todas las formas. Pero no todas las veces con un deseo leal de llegar cuanto antes a la unidad revolucionaria del proletariado. En muchos casos, por el contrario, se mueven torvas intenciones en torno a los trabajadores españoles. Para impedir esa unión, bajo amables palabras de mentida amistad, se realizan maniobras torpes del más viejo estilo político. Todos los procedimientos son buenos, para los enemigos de la Revolución, si llevan al fin de impedirla. Y en ninguno reparan si esperan conseguir el menor fruto del mismo. Por ello conviene fijarse mucho en la forma en que habla cada uno sin dejarse deslumbrar por las frases bonitas ni por las consignas oportunistas.

¿Quién puede realizar la Alianza Obrera? Lo hemos dicho muchas veces: los trabajadores auténticos por medio de sus respectivos Sindicatos, sin admitir tutelajes ni inferencias de quienes pretendieran levantar sobre ellos una plataforma política para esclavizarlos de nuevo. ¿Qué alcance y finalidades ha de tener esa unión? Clara, franca y abiertamente revolucionaria. La C. N. T. y la U. G. T. coinciden en lo fundamental de llegar a una socialización integral de todas las fuentes de riqueza en manos del proletariado. Difieren, única y exclusivamente, en el camino más apropiado para lograrlo. Mientras nosotros sosteníamos la tesis de la necesidad de una acción violenta—revolucionaria—del proletariado para destrozar a las clases dominantes, otros trabajadores creían posible conseguirlo por medios pacíficos, evolutivos, políticos. Hoy esta divergencia no puede existir entre nosotros. Frente al fascismo—última etapa del capitalismo—luchamos todos con las armas en la mano, revolucionariamente. Todos estamos absolutamente seguros de que sólo tenemos una manera de vencer: aplastar violentamente a nuestros seculares enemigos, llevar nuestras armas victoriosas a todos los extremos de la Península. Y, también, estamos conformes todos los trabajadores en que nada ni nadie puede arrebatarnos el fruto de una victoria que estamos consiguiendo a fuerza de sacrificios, dolores y sangre.

La Alianza Obrera tiene que ser, natural y forzosamente, revolucionaria. Tiene que serlo para que una vez triunfantes todos los trabajadores laborem estrechamente enlazados por la edificación de un mundo mejor, de una sociedad más humana y más justa, donde las castas desaparezcan y todos los hombres se llamen y sean hermanos. Esto, lógicamente, no puede complacer a los eternos mandones, a los que aspiran a seguir medrando, a los que sobre las ruinas de la sociedad burguesa quisieran edificar nuevos privilegios y nuevas castas. Y esos, todos esos, saben que sólo podrán lograr su ideal dividiendo a los trabajadores, enfrentando a los obreros, procurando poner en práctica el consejo jesuítico de «divide y vencerás». Mas nadie sea tan ingenuo como para esperar que los enemigos se le presenten a cara descubierta, hablando contra la unidad revolucionaria del proletariado. Saben que quien tal hiciera hoy correría suerte semejante a la de los generales traidores. Se nos presentarán como amigos, como compañeros, como aliados, con discursos bonitos en los labios pero con la hiel en el corazón. Contra ellos es preciso estar alerta. Contra ellos tenemos que reaccionar de manera decidida. Porque ellos son, hoy, por hoy, nuestros mayores enemigos, al ser los mayores enemigos de la Revolución anhelada por todos nosotros.

¡Todos en pie por la Alianza Obrera Revolucionaria! Pero mucho cuidado con los que quieran obstaculizarla o despojarla de su significado transformador y proletario. Quienes tal hagan, quienes tal intenten o pretendan, esos, compañero de trabajo, son tus mayores enemigos y como enemigos tienes que tratarlos.

Parte de Guerra de anoche

EJERCITO DEL CENTRO.—Sin novedades importantes que consignar en todos los frentes de este Ejército.

AGRUPACION DE TERUEL.—Fuego de fusil y cañón, sin consecuencias por nuestra parte. La aviación facciosa efectuó varios vuelos y lanzó algunas bombas sobre nuestras posiciones sin conseguir su objetivo.

EJERCITO DEL ESTE.—Fueron bombardeadas con gran precisión por la aviación republicana el emplazamiento de una batería enemiga de Perdiguera, así como Pinto y sus alrededores. Se pasaron a nuestras filas varios soldados y falangistas con armamento.

EJERCITO DEL NORTE.—Frente de Euzkadi.—En el frente de Guipúzcoa continuaron los intensos ataques enemigos, siendo contenidos valerosamente por las tropas republicanas, dotadas de alto espíritu y elevada moral.

ASTURIAS.—En La Rebolleda el enemigo contraatacó violentamente, con ánimo de recuperar las trincheras que le arrebataron nuestras tropas en la jornada anterior, siendo rechazado energicamente, causándole más de 300 bajas. La artillería leal disolvió con sus fuegos varias concentraciones enemigas en Grado. En Oviedo, ligero fuego de fusil y cañón, sin consecuencias por nuestra parte. Se pasaron a nuestras líneas diez paisanos, un sargento, un cabo y cuatro soldados con armamento, municiones y bombas de mano.

SANTANDER.—Nuestras fuerzas efectuaron una descubierta recogiendo varios cadáveres enemigos con armamento.

Parte del Ministerio de Marina y Aire

SECTOR DE ARAGON.—Anoche, a las 22'50, fueron bombardeadas las posiciones enemigas de Perdiguera, con excelentes resultados.

A las 2'30 de la madrugada se bombardearon objetivos también militares en Zaragoza.

A las cinco de la madrugada se bombardearon las posiciones facciosas de Quinto.

Todos estos servicios se efectuaron sin novedad por nuestra parte.